
NECESIDAD E IMPORTANCIA DE LA ETICA PARA UNA CONVIVENCIA SOCIAL*

Presbítero Bernardo Guzmán Peláez

Doctor en Teología. Se ha desempeñado como profesor de hora cátedra de Etica y conferencista de Formación Humanista, actualmente es Capellán de la Escuela de Ingenierías de la Universidad Pontificia Bolivariana.

* Conferencia dictada en el V Seminario de Etica Profesional del abogado.

“No hay más que un único problema: son los hombres inmutables, incapaces de ser transformados, incapaces de ser mejorados ??? Todo nuestro destino está encerrado en esta pregunta”. (Giovanni Papini).

INTRODUCCION

Agradezco sinceramente la invitación que se me hizo para participar en este Foro. Acepté con algún temor, porque no soy abogado y entonces es difícil moverme en un campo y una óptica que no son los míos, y en segundo lugar por lo delicado del tema. Espero, por tanto, contar con la benevolencia de ustedes.

Acepté, eso sí, porque estoy convencido de la enorme importancia que tiene la ética en la convivencia humana; aún más, por su angustiosa urgencia en nuestra realidad colombiana. Entiendo por **ETICA**, si se quiere de un modo muy simplista, toda la dimensión cualitativa del ser y del actuar humanos, de acuerdo con unos principios y unos valores reconocidos, y esto tanto en el campo individual como colectivo.

Traigo con este tema toda la esperanza de aquellos que anhelamos un cambio radical en la manera de entender al hombre y su vida, unas nuevas actitudes de las cuales se sigan unos modos de valorar los acontecimientos y las cosas, y un deseo de comprometernos con unos auténticos valores que nos ayuden a crear una realidad nacional más

digna, más justa, más deseable de ser vivida, donde los humanos podamos recuperar un rostro y una identidad que hemos perdido y realizar toda aquella potencialidad que somos.

1. LA CRISIS ACTUAL Y SUS IMPLICACIONES ETICAS

Nos ha tocado vivir una de las épocas más interesantes de la historia de Colombia, caracterizada, por lo que yo llamaría, una crisis total. Acaso si haya algún espacio de nuestra existencia que no haya sido alcanzada por ella. Fenómenos nuevos se fueron generando y sin que se notara muy claramente, al principio, llegaron a tomar cuerpo y posición determinante en toda nuestra cultura y en todo el ámbito de nuestro ser social. Fue durante el decenio de los 80 cuando todo el andamiaje de nuestra vida ciudadana tuvo su colapso y trajo inevitables consecuencias sobre el comportamiento humano, con una quiebra de los valores tradicionales sobre los que habíamos construido la eticidad del actuar. No nos dimos cuenta real de la profundidad de los fenómenos sociales que estaban acaeciendo.

Para comprender la magnitud de la crisis a la que nos venimos refiriendo, echemos mano del esquema elaborado por el P. Francisco de Roux, en su artículo "Desafíos de nuestra realidad a una teología honesta", pero buscando nuestra propia descripción e interpretación de ella. De Roux habla de 4 enormes vacíos, en los cuales yo quisiera, más allá del hecho sociológico, destacar el deterioro de la calidad de la vida y la descomposición de los comportamientos humanos, para descubrir así, el inseparable componente ético que conlleva esta crisis, y a la vez, para que seamos conscientes de la necesidad urgente de incluir la dimensión ética en la reconstrucción de una convivencia social.

a. Vacío de comunidad humana. Es un dato el que la configuración de nuestra sociedad con sus subgrupos humanos se fue haciendo de un modo violento, artificial y con profundas divisiones y discriminaciones al interior de ella.

Se creó un orden de cosas, que no reconocimos fácilmente como injusto, inhumano y generador, a su vez, de nuevas divisiones, donde unas vidas llegaron a valer más que otras. Colombia pareció un país productor de ciudadanos de diferente categoría y aún de desechables. Fue

una forma de organización social donde “el otro”, “el diferente” en cualquier sentido, no tenía cabida y era, hasta justificable, eliminarlo.

Fue una organización social donde privilegios de unos y marginalidad de otros eran vistos como datos naturales o producto incluso de la voluntad divina y cuya única solución era crear todos los mecanismos para que se aceptara esa situación y las tensiones permanecieran en un punto muerto. Endulzadas las diferencias con gotas de caridad cristiana, entendida ésta, como generosa limosna, que hacía sentir buenos a unos y tranquilos a otros.

Hubo conglomerados en donde nadie se sintió, de verdad, ciudadano de ninguna parte y el anonimato urbano contribuyó a que no se tuviera una identidad propia. El otro era un desconocido, un posible enemigo o un rival. El campesino fue el más desarraigado: era nadie sin tierra en el campo y mucho más, un don nadie en la marginalidad ciudadana.

Esta forma de organización social, esta “no comunidad humana” estalló y hoy sufrimos todos las consecuencias de ello. No se quiso o no se pudo convivir de otra manera mejor ! Se oyeron muchas quejas de que virtudes como la solidaridad, el respeto por el otro, la paz ciudadana, el sentido cívico, etc., se habían perdido cuando aparecieron los primeros síntomas de ese rompimiento. Yo me pregunto si es que alguna vez, en profundidad, existieron esas virtudes, allí donde no existía un mínimo de comunidad. Un visionario llamado Gonzalo Arango hablaba de la ciudad, años atrás, como la selva de cemento llena de fiestas humanas. Hoy sobran los comentarios.

b. Vacío de Estado. Otro de los elementos estructurales de esta crisis fue el divorcio que se dio entre la organización política con sus instituciones y la Nación -el pueblo- con sus más elementales necesidades vitales. Aquella no respondía a esta. En algunos casos, ese Estado parecía estar en contra del pueblo y sus necesidades; en otros, los ciudadanos parecían destinados al servicio del Estado. En muchas regiones, como afirma de Roux, la única presencia del Estado que se conoció fue la represión.

La organización política colombiana parecía responder sólo a los intereses de una minoría privilegiada, que buscaba a las mayorías,

únicamente, para que la sostuviera con sus votos, y aún más, con sus vidas. Era un Estado que mitificado y divinizado, porque había sido basado sobre el nombre de Dios fuente de toda autoridad y porque se veía como la expresión perfecta de esa voluntad divina, se resistía a ser modificado, aunque cada vez se revelara más inoperante y más ineficaz para una mejor convivencia ciudadana.

Aquí surgieron, y en no poca abundancia, las fallas éticas de los hombres que encarnaban ese Estado o que se movían en el plano de la política. Se llegó a pensar que la democracia era una gran prostituta a causa de múltiples vicios que se dieron y que iban desde la inmoralidad administrativa, los peculados y desfalcos, la desidia y el clientelismo hasta la realidad enunciada por un investigador del Cinep, quien afirma que "con frecuencia la clase política tradicional ha enfrentado los retos a su supervivencia con todos los métodos a su alcance". Y en el campo de la administración de la Justicia, se tiene la sensación generalizada de la ineficacia de ella, de que no existe, de que reina la impunidad, de que hay una total desprotección. Y no hablemos del aparato represivo del Estado.

c. Vacío Económico. El documento de consulta del Celam, para su próxima reunión en Santo Domingo, dedica buena parte del tercer capítulo a este problema; por ejemplo: "La realidad de que existe hoy una cultura que no mira hacia la promoción de los pobres y de todos los hombres que viven en nuestro continente, nos exige llevar a la práctica la Doctrina Social de la Iglesia ..." (p. 70). Más adelante afirma: "El costo social de la marginación de estos grupos fue la tugurización de extensas zonas en las ciudades, el desempleo a gran nivel y el subempleo. Los pobres no lograron el desarrollo equivalente al proceso social e industrial que se vivía en el continente" (. 72). Una cita más, "El fenómeno social más importante de esta crisis está en el agotamiento del sistema económico en América Latina para continuar absorbiendo las masas que buscan ubicación dentro de la sociedad. La tendencia, al contrario, es a excluir de nuevo a grupos que ya se habían inscrito en forma estable dentro de la producción". (p. 75).

Por último habla de una gran verdad: "El sentido materialista de la sociedad de consumo sigue marcando una forma de vivir en la que el favorecimiento al auge del nivel de vida de unos obstaculiza la aplicación

del bien común y de la calidad de vida de la generalidad de la sociedad” (p.94).

Dos caras presenta este problema desde el punto de vista ético. Una; somos una sociedad que a pesar del llamado hecho mayoritario católico, estamos a una buena distancia de experimentar la conciencia y la exigencia de una justicia social, y por eso estamos a una buena distancia de una vivencia real de ella. Dificilmente se ha querido reconocer la gran injusticia del sistema económico en el que nos movemos y del cual, algunos, nos beneficiamos en gran medida.

Pocos aceptan la inhumanidad de este sistema y de su mecánica discriminatoria; sólo cuando se es víctima de las injusticias que se dan al interior del mundo laboral o en el juego del mercado, o cuando se experimentan los atropellos del mal uso de la propiedad privada y de la desigual redistribución de los beneficios del progreso, se pueden ver las cosas de otra manera. Mientras tanto, fue más fácil hacer la crítica al sistema comunista, lanzar una anatema contra él y alegrarse de su caída en el oriente europeo pensando que ese hecho es la confirmación de la validez eterna del sistema capitalista y de su total inocencia y moralidad.

La otra cara del problema, en este aspecto, se da al interior del mundo de la miseria. No se puede afirmar, sin más, que la miseria engendre, por sí misma, toda una serie de fenómenos deshumanizantes y violentos. Al contrario hay que reconocer la presencia de auténticos valores en los sectores de pobreza, tanto más apreciables, en cuanto se mantienen y desarrollan en condiciones muy desfavorables. Pero nadie, con sensatez, negará que la miseria ha sido uno de los elementos causales de esos fenómenos de conducta desajustada e inhumana que ha padecido nuestra sociedad.

d. Vacío Ético. Todo lo anterior desemboca en una serie de comportamientos que al ser juzgados desde la escala de valores, se descubren como injustos, antiéticos, inhumanos, inmorales. Lo más grave es que a estos calificativos responde un hecho objetivo: se da en nuestra convivencia la carencia real de algo necesario a la convivencia humana; algo que hace que ella sea frustrante y autodestructora, poco afortunada y feliz, nada realizadora de esas posibilidades humanas. Y lo peor, todo este modo de actuar se convierte en cultura, en guía potencial de los mismos

comportamientos. Ese es el modelo de actuación que muchísimos jóvenes socializan. Esto produce un sentido de desesperanza, algo que nos hace preguntar: si la historia de la sociedad no será un gran fracaso; si sí valdría la pena vivir.

Las consecuencias de este vacío son fatales; se da una crisis real y muy profunda en la vivencia de todo lo que hasta hoy habíamos reconocido como valioso. Es algo que se puede describir como una pérdida de sentido frente a ciertos elementos esenciales para nuestra realización como personas y para nuestro convivir. Por ejemplo, hoy se habla de pérdida del sentido de la vida. Es un no saber ya porque ella es un valor, el más grande de todos; es no tener razones para llevar a cabo nuestra existencia porque las razones que se tienen para vivir o son demasiado superficiales o de mero consumo; es experimentar que la vida es un absurdo porque no se percibe un futuro.

Es como si se llegara a plantear que la existencia humana es simplemente una lucha en la cual unos tienen que caer para que otros puedan sobrevivir, y por esto, se ha desatado todo el espiral de la violencia, que ha permitido que se hable, incluso, de una cultura de la muerte. Sobra mostrar los casos.

En segundo lugar, se puede anotar la pérdida del sentido del amor y de la sexualidad humanos. Se han presentado en estos últimos años, y de un modo creciente, fenómenos de quiebra de la unidad y de la estabilidad de las familias, y muchos jóvenes, sin estar preparados para ello, han vivido las consecuencias de esa quiebra. Igualmente, se han presentado cambios radicales en cuanto a los comportamientos sexuales, sin que hasta ahora se haya hecho un balance objetivo de la situación.

Se puede hablar también de pérdida del sentido del trabajo y de las verdaderas motivaciones para él. Síntomas de ello son todo esos vicios en el mundo laboral y de los negocios: falta de mística para realizarlo, facilismo, irresponsabilidad y toda la larga lista de chanchullos, adulteraciones, atentados contra la buena fe pública, etc. Y todo lo anterior ha llevado a una pérdida de credibilidad en las personas y entidades, que en otras épocas, fueron garantía de un orden de valores.

2. VALOR DE LA CRISIS Y SU ANALISIS.

Generalmente, hablar de crisis, describirlas, analizarlas, produce una sensación de pesimismo, de negatividad, casi que de tragedia. No estamos educados para asumirlas y olvidamos que todo cambio conlleva momentos de crisis. Ella deberían despertar, más bien, la experiencia de una depuración, de invitación a algo nuevo, porque ellas son síntomas de crecimiento, de fuerza interna para superar la misma situación caótica, urgiéndonos a crear una realidad totalmente novedosa. Por eso las crisis son algo positivo en muchos aspectos (1).

El primer aspecto positivo de esta crisis es haber desnudado las fallas de nuestra convivencia social, lo esquizofrénico de sus valoraciones, la hipocrecía de su actuar, la vacuidad de sus metas, lo ineficaz de sus motivaciones. Reconocer y aceptar nuestros fallos tanto sociales como individuales es el comienzo de algo sobre lo cual se pueden construir una relaciones sociales -una convivencia- más humanas, más realizadoras de la persona humana, más fraternales. No podemos divinizar un momento histórico.

En segundo lugar, analizar los factores de la crisis nos muestra el hacia dónde deben estar enfocados los esfuerzos y trabajos para la construcción de una nueva sociedad, en la que puedan aflorar unas nuevas formas de convivencia más acorde con nuestra naturaleza espiritual. Nunca podemos ver un tipo de sociedad como si fuera la sociedad perfecta; ésta está siempre por construirse y esa utopía es la que mueve la historia hacia adelante.

En tercer lugar, asumir esta crisis total, nos hace replantear, de un modo diferente, todos los patrones sobre los cuales se movía la convivencia social actual. Y a su vez, nos hace tomar conciencia experiencial-vivencial de la NECESIDAD y URGENCIA de lo ETICO PARA UN AUTENTICO CAMBIO SOCIAL, PARA UN NUEVO CONVIVIR. Creo que no haya alguna persona, de mentalidad desprevendida, que no esté convencida de este axioma histórico: que ningún cambio será posible, ninguna solución a nuestros graves problemas será eficaz, ninguan autoridad o liderazgo podrán llevarnos a un mejor destino, si no se da, a nivel individual y colectivo, una nueva actitud, una sensibilidad y un nuevo compromiso frente a los valores humanos.

Resumiendo: La solución a los problemas que nos aquejan no es sólo económica, técnica, política, jurídica, de orden público, de inseguridad, desempleo, etc., sino también y principalmente, de orden ético, entendida la ética como la calidad del actuar humano individual y socialmente. Y esto, porque muchos de esos problemas se originan, precisamente, en la falta de ética, de los individuos y los grupos.

Sería deseable, igualmente, que llegáramos al convencimiento de la gran fuerza transformadora que ese aspecto cualitativo del actuar tiene para modificar, no únicamente la personalidad de quien obra, sino también de toda la realidad socio-cultural, institucional e histórica en que nos movemos. La ética no es sólo ni primariamente individual; ella pertenece a ese HABITAR humano de las costumbres, a ese marco vital concreto, que de una manera tan especial y radical nos determina como seres humanos. El viejo refrán decía "que la palabra ilustra pero el ejemplo arrastra".

Un cuarto aspecto importante de esta crisis radica en el hecho, de que ella nos hizo volver, de verdad, solidarios frente a un destino histórico común: o somos solidarios para crear algo distinto, o todos estamos amenazados de sucumbir ante la violencia, el caos y el sin sentido actuales. Aquí no se trata de esa débil solidaridad que unía a los colombianos: solidaridad limosnara en las tragedias o de fanatismo ante cualquier triunfo deportivo. Se trata de una exigencia de compromiso decidido y constante frente al Bien Común, y que a su vez, logra que esa genérica expresión "bien común", se llene de contenido concreto: es una nueva ciudad donde los hombres podamos satisfacer mínimamente todos nuestros más básicas necesidades y vivir en paz.

Por último esta crisis, ha hecho que afloren unos valores cívicos, humanos, sociales, que por años permanecieron relegados o desconocidos. Nadie duda hoy de la importancia y la necesidad de realidades éticas tales como: La tolerancia, el respeto por la "alteridad" del otro, la apertura frente a "lo diferente", el pluralismo, el amor a la verdad por encima de las apariencias, la necesidad de un auténtico sentido para la vida, la necesidad de una democracia de participación, el poder del diálogo, el respeto por los más elementales derechos del otro, la ya citada solidaridad, lo profundo de una justicia social, la responsabilidad social de la propiedad privada, la inconsistencia e inutilidad de las soluciones de

fuerza y de las armas, la superación de anquilosados formalismos, el auténtico valor de la igualdad, etc.

Repitamos, si el entretejido de relaciones humanas que conforma lo que llamamos sociedad y convivencia no hace presentes, no encarna, todos esos valores y los que siempre hemos conocido como valores éticos, no habrá lo que es un FUTURO. Entendemos por futuro unas condiciones histórico-sociales y existenciales que no sean una repetición ni una añoranza del pasado, sino algo NUEVO, algo HASTA HOY NO DADO, que intuimos y esperamos pero que debemos construir.

3. ¿COMO HACERLO ?

Aparece claramente, de lo expuesto, la necesidad de lo ético para una nueva convivencia social, pero entonces, ¿cómo lograrlo? Habrá que descubrir e inventar los mecanismos para ello. Sin embargo se me ocurren 2 propuestas:

a) Una educación, en todos los niveles, que tenga como prioritaria la formación en ese sentido. Eso pide que dicha educación incluya los siguientes elementos:

1. Debe ser una educación para la vida y en la cual el educando perciba que la meta más importante es “llegar a ser persona” para la convivencia; esta es la primera responsabilidad ética de un hombre. No una educación como la actual cuyo principal objetivo es crear gente para el trabajo y al servicio de los postulados del sistema económico vigente. Este es uno de los peores defectos de nuestro sistema educativo.

2. Debe ser una educación que de primacía a lo ético; es decir, debe despertar unas nuevas motivaciones para el recto obrar, más conformes con la realidad del ser humano y buscando una más justa y fraternal manera de convivir. Por ejemplo, tenemos que convencernos de que debemos tratar de actuar bien porque así la vida será mejor para todos y habrá mejores oportunidades para todos. Convencernos de que si los privilegios siguen siendo para unos pocos en relación con el todo social, terminarán no siéndolo para nadie. Debemos formar una conciencia en la cual evitemos obrar mal, porque así nos estamos destruyendo todos y estamos transformando la existencia en un infierno. No podemos jamás

acostumbrarnos a la realidad que vivimos y pensar que ella es inmodificable.

Tenemos que superar una ética cuyas motivaciones eran, o el interés individualista de los premios, porque con eso sólo conseguimos una sociedad de egoistas; o el miedo y el temor al castigo, porque así tampoco hicimos hombres honestos y se llegó a una moralidad de balanza que desembocó en el reino de la impunidad.

3. Tiene que ser una educación ética basada en un nuevo modelo antropológico más unitario, más totalizante, más real e histórico, que vaya más allá del esquema individualista y abstracto de "cuerpo y alma", donde lo que valía era lo que se llamaba valores espirituales y no se pensaba, al mismo nivel, de los valores materiales. Hoy se ha redescubierto que en el hombre todo es igualmente valioso y necesario. Por eso se debe educar para algo más amplio que los valores espirituales, también para los síquicos, sociales, culturales, cívicos, etc. En una palabra: para los valores humanos. Habrá, sobretodo, que despertar un GRAN ASOMBRO por la vida humana y crear una nueva sensibilidad frente a todos esos valores humanos, que desemboque en un compromiso real. Gran parte de la crisis actual, radica en que los valores humanos, entre ellos los éticos, no son percibidos por la conciencia de muchos como algo necesario y deseable. Priman los intereses.

4. Tiene que ser una educación que supere la división de que unos son los buenos y otros los malos, (generalmente los diferentes), a quienes podemos y debemos destruir porque son incambiables o porque son desechables. Es toda la sociedad la que tiene que buscar una nueva y más profunda bondad, es toda la sociedad la que tiene que librarse del fanatismo, es toda ella la que necesita un cambio y una conversión.

5. Por último, tendrá que ser una educación que nos convenza de que la fuerza y las armas no son la solución. La solución tiene que ser humana y quien elige la fuerza renuncia a la razón. Además de ser infame, es inconcebible éticamente que se quiera acabar los males con males mayores. Un enfermo estaría muy mal si el único remedio que hubiera que aplicarle fuera un veneno mortal. Esto sucede cuando destruimos a quienes deberíamos invitar a cambiar y a transformarse, o cuando destruimos el otro porque eso favorece nuestros propios intereses. En lugar

de honestos creadores, seríamos vulgares asesinos, así sigamos tratando de justificar cierta clase de violencia.

Elegir la fuerza es entender la existencia y la historia como una lucha y esto es la radical negación de la convivencia.

b. Una nueva convivencia basada en una nueva normalidad política

El hombre no solo es un ser ético, en cuanto necesita unos valores y unos principios a los cuales tiene que atenerse porque de lo contrario su vida sería invivible, sino que también es un ser político porque también necesita, para poder subsistir, una organización, por precaria que sea, "en la cual satisfaga sus más variadas necesidades de acuerdo con las diversas aptitudes de cada uno para labores distintas y donde se sacie esa perentoria exigencia de comunicación" espiritual propia del hombre. (Armando Roa).

Ahí radica dentro del mundo humano toda la esfera del derecho y de las leyes. La ley es absolutamente necesaria para regular toda convivencia humana y para crear esa organización política en la que los humanos puedan subsistir y realizarse. Más aún, la ley no sólo es reguladora de la convivencia; su importancia estriba en una realidad más profunda: en que ella sea la formulación y concreción de auténticos valores humanos y dada por quien tiene autoridad; (ojalá no únicamente política, sino, y ante todo, moral).

En este sentido la ley es un maravilloso instrumento al servicio del hombre, de su convivencia, de su realización como tal. Hoy en Colombia se cuenta con unos nuevos principios constitucionales, que por lo que entiendo, tienen el mérito de basarse en esos valores, que por ser debidos a todo hombre, por el hecho de ser hombre, se llaman Derechos Humanos, y "ad portas" de toda una nueva legalidad. Esto abre las puertas a la esperanza de un futuro mejor.

Pero este hecho pide que se reabra todo un espacio para la educación política en su más profundo significado, yendo al fondo de la cuestión, tratando de crear unas nuevas actitudes cívicas y un compromiso real con esa patria que todo anhelamos.

No obstante hay que constatar un dato: la ley por sí misma no hace a los hombre mejores y sin hombres mejores la ley no puede cumplir su cometido. Por tanto, el trabajo de un cambio en la calidad de los comportamientos no puede quedarse en un mero buscar una nueva legalidad, o en un simple: la ley por la ley, convirtiéndola de instrumento en finalidad en sí misma.

Igualmente, la búsqueda de una nueva vida constitucional y de restablecimiento del derecho, que permita una nueva manera de convivir, tendrá que superar ciertos defectos, tales como el rigorismo, los simples formalismos o los engañosos juegos mentales y retóricos que impiden, de verdad, encontrar el "espíritu de la ley" que es lo que da vida y permitirá una vida más feliz y más lograda para todos.

BIBLIOGRAFIA

Encíclica Solicitud por la Cuestión Social.

Juan Pablo II. Encíclica Los Fieles Cristianos.

Celam. Documento de consulta. Nueva evangelización. Promoción humana. Cultura Cristiana, 1992.

DE ROUX F. Desafíos de nuestra realidad a una teología honesta.

ROA A. Caducidad del hombre en la medicina. Humanidad y Etica. Cuadernos de la Universidad de Chile No. 7, 1988.

ABAD, G. H. Manual de tolerancia.

GONZALEZ L. J., Etica Latinoamericana. Filosofía a distancia. Universidad Santo Tomás, Bogotá, 1978.

GUZMAN PELAEZ, Bernardo. Mis notas de clase de Etica en la U.P.B.

FROM, E. Alienación y capitalismo. (Tomado de La Soledad del hombre. Ed. Monte Avila, Caracas (Venezuela), 1980.

VASQUEZ C. El pacifismo activo. Publicado en Lecturas Dominicales. Enero 20 de 1991.